

I

A veces las tradiciones se rompen igual que lo hace un vaso al golpearse en el suelo. Siempre llega un momento en el que soplan nuevos aires desplazando los antiguos. Nada es eterno y menos en estas cuestiones. El mundo se mueve y nosotros con él. De conocer de antemano los sorprendentes hechos que les esperaban quizás hubiesen mantenido otro año más la costumbre. ¿O quizás no?... Ahora es tarde para llevar a cabo conjeturas. Ahora debemos dejarnos de elucubraciones y ceñirnos estrictamente a los acontecimientos. No nos perdamos en estériles especulaciones. Únicamente nos quedan los hechos. Una realidad que ha originado este relato y que no dejarán impasibles al lector.

Pero no nos adelantemos a los sucesos y sigamos el curso cronológico de la historia. Una historia que se inicia en Sabadell pero que acabará muy lejos de allí. ¿Muy lejos?... ¡Es tan difícil definir lejos o cerca en una historia como ésta!

En aquella oportunidad el viaje de los alumnos del Colegio Serra que acababan un ciclo no tuvo como destino Mallorca. ¡No!... En votación popular, libre y democrática, los jóvenes resolvieron por aplastante mayoría, con el beneplácito del director, desplazarse hasta África para visitar el archipiélago de las Canarias. No hay que creer que esta determinación era muestra de flojedad por parte del profesor. Ni mucho menos. El hombre transigió para no contrariar a los estudiantes en sus últimos días en el centro docente y, por qué negarlo, por la fuerte seducción que le causaba el asalto a otro continente.

Durante meses los chavales exprimieron la materia gris de sus cerebros en busca de diferentes formas para recaudar fondos. Debían paliar los elevados gastos de

tan magna excursión a la otrora patria de los guanches. Esos nativos desconocidos por la mayoría y que mostraron su enorme valor en la defensa de su tierra. Los jóvenes intentaron convencer al rector para que se presentase a un concurso de televisión donde el concursante elegía el premio a conquistar tras superar una serie de pruebas. Espoleados por su rotunda negativa a acudir delante de las cámaras optaron por vender participaciones de lotería, libros, castañas y boniatos, objetos variopintos y hasta organizaron el singular sorteo de un fenomenal lote navideño compuesto por dos barras de turrón, media docena de botellas de cava compradas directamente en Sant Sadurní d'Anoia, un rechoncho cerdo procedente de Extremadura y criado a base e bellotas, una pareja de conejos, un gallo de altivo penacho rojo, una decena de caracoles de diversos tamaños y un pavo cebado y listo para engalanar el tradicional banquete de Nochebuena...

Ante ellos se abría una semana de ensueño en exóticos paisajes como compensación a la coronación de una hermosa etapa que, poco a poco, se esfumaría irremediabilmente en el limbo del tiempo. Sólo para algunos permanecería en forma de evocación nostálgica. Atrás dejaban intensos años y un sinfín de vivencias y, por qué no, algún que otro castigo ganado a pulso. Infligido, eso sí, por unos tutores que siempre pensaban en el bien de esos niños que se iban transformando en adolescentes. Jóvenes repletos de incontenibles ansias de volar libremente.

El trayecto se realizaba a bordo de un boeing. Los ojos ávidos de aventuras se lanzaban a través de las pequeñas ventanillas intentando taladrar los algodonosos cúmulos que adquirirían mil y una figura. La exuberante fantasía de los adolescentes se multiplicaba inagotable.

-¡Mirad aquella nube de la izquierda... Se parece a un enorme muñeco de nieve!
– exclamó Iván con su peculiar manera de pronunciar la *r* con un sonido que se acercaba más a una *d*.

- Con una nariz a lo pinocho – amplió José Luis con su habitual locuacidad.

- Y las orejotas de Dumbo... – señaló Yolanda.

- No... Se parece más a una montaña nevada.

Ricardo siempre estaba a punto para llevar la contraria y para enzarzarse en cualquier disputa aunque fuese por un motivo trivial.

-Y tú Laura, ¿qué opinas? – interrogó Tania a su compañera de asiento y gran amiga.

Les unían unos profundos lazos afectivos a prueba de bomba desde que iniciaron juntas su presencia en la clase de parvulitos. A sus catorce años Tania lucía un cabello de color castaño, tez morena, unos hermosos ojos que desbordaban vitalidad, nariz respingona y estatura algo inferior para su edad pero que en nada empañaba a sus otras grandes cualidades. Por su parte Laura tenía el pelo negro y ondulado, más llenita que su amiga y de altura algo superior a la media. De carácter bonachón y maleable.

- No sé... – balbuceó la chica con quebrada voz, agarrada con firmeza al asiento, los párpados cerrados y los dientes apretados, sintiendo que las piernas se le aflojaban ante la altura que alcanzaba el aparato.

- ¿Tienes miedo? – se interesó Tania preocupada ante la patética imagen.

- ... El vértigo – masculló sin apenas mover un músculo por temor a ser engullida por el aterrador vacío.

Don Vicente, el director, era un hombre perspicaz. Se percató del mal trago que experimentaba su alumna aquejada de acrofobia. Se le acercó ofreciéndole un vaso lleno de una bebida de cola, y dispuesto a entablar una amena disertación para ahuyentar los malos pensamientos de su discípula

- Mientras observaba el Sol recordaba que el faraón egipcio Amenofis IV pretendió modificar las estructuras de su reino sustituyendo a la multitud de divinidades del panteón por un único dios, Atón, el disco solar...

- ¿El disco solar? – desde el fondo Joaquín mostró su tono jocoso.

-... Sí, de esta forma – proseguía el director con una pausada dicción que embelesaba a sus oyentes deleitándolos con curiosos relatos que los culturizaba al mismo tiempo que los entretenía – apartaba del poder al clero de Amón cuya intromisión en los temas de estado era cada vez más frecuente. El soberano, un místico que creyó realmente en su doctrina monoteísta, representó una ruptura brutal en la historia, la religión y el arte. Amenofis IV cambió incluso su nombre por el de Akhenatón, “aquel que gusta a Atón”...

- Yo me bautizaré como “aquel que gusta los pasteles” – intervino Ramón.

La risa se propagó entre el grupo.

- ... Y edificó un gran santuario al Este de Karnak... Como pináculo de su idea abandonó la renombrada Tebas, la ciudad de Amón, para fundar una nueva capital en el Egipto Medio, Akhet-Atón, “el horizonte del disco solar” en la que construyó palacios y templos solares...

El ambiente en el interior de la aeronave entró en un periodo de laxitud y los sabadellenses contemplaron el Sol con otra atención bajo los influjos de las explicaciones del profesor. Hasta Laura, en un alarde de valentía, osó dirigir su mirada al exterior y lo vislumbró irradiando calor hacia los cuatro puntos cardinales. Una nube lo cubría parcialmente atenuando su potencia y facilitando la observación directa.

La expedición la formaban trece chicos y dieciséis jovencitas, además del director y su esposa. En total treinta y una persona compartiendo las expectativas de los ocho próximos días lejos de los hogares paternos. Faltaban varios alumnos que se habían quedado en casa ante la rotunda negativa familiar a consentir que su niño se lanzase a un viaje de esas características. ¡Ah, esos padres que consideran a sus retoños seres indefensos! Las aves siempre emprenden el vuelo abandonando el nido materno aunque los mayores no se resignen a ello. Es la regla natural que rige a la Humanidad desde la época ancestral.

De haber sabido lo que esperaba a los jóvenes la mayoría de padres no los hubiesen dejado ir. ¿O quizás sí? Quizás sí...

Nos quedaremos con esas dudas.

II

Durante su estancia en Tenerife se alojaron en unos aparthoteles. Eso les daba una mayor independencia y confortabilidad que no hubiesen conseguido en los clásicos hoteles de estructura vertical. En este complejo disponían de restaurante, un bar donde exclusivamente servían zumos naturales y otro adecuado para las personas adultas, supermercado, piscina, pista de tenis y una discoteca para mover los juveniles esqueletos hambrientos de sana diversión.

Los muchachos consumieron las primeras horas en las Canarias, tras deshacer los ligeros equipajes e instalar cada objeto en su lugar, en la grandiosa piscina de forma ovalada con un agua azul que encandilaba. Ora se tumbaban sobre el verde manto del césped con el fin de adquirir un bello bronceado para lucir cuando volviesen al hogar, ora se sumergían en el refrescante líquido. Los más osados exhibían sus habilidades arrojándose desde el trampolín emplazado a un par de metros de altura. En el aire dibujaban espectaculares piruetas acrobáticas.

- ¿Damos un empujoncito a la despistada de Lucía? – propuso Ricardo con picardía observando a su compañera en una posición tentadora a borde de la piscina.

- ¡De acuerdo! – aceptó Ramón tras unos momentos de indecisión, dejándose arrastrar por la atmósfera festiva.

Con sigilo se acercaron por la retaguardia a la inocente víctima que se hallaba enfrascada en un interesante diálogo con Montserrat. Completamente ajena a las perversas intenciones de sus traviosos colegas de estudios.

- ¿Has visto al rubiales de bigotes dorados y esos ojazos azules que deslumbran?